

PROBLEMAS NACIONALES DE PEDAGOGÍA DEL TRABAJO

1. EXALTACIÓN ESPAÑOLA DE LA ACTIVIDAD PRODUCTORA.

Las normas fundamentales del resurgir nacional, después de la dura prueba que ha sufrido el país, han tenido que orientarse hacia una estimación especial del trabajo. Gran cantidad de riqueza que había sido creada con el esfuerzo de varias generaciones y que se perdió en el espacio de tres años, se ha echado muy de menos en este período de postguerra interior, coincidente con grandes dificultades provocadas por el espantoso conflicto exterior. La falta de bienes obtenidos por el esfuerzo de los hombres, no sólo debida a las destrucciones, sino también a haberse perturbado y aun, en gran parte, interrumpido la actividad productora, puso bien de manifiesto el valor del trabajo como medio creador de vitalidad y bienestar.

Desde antes de terminar nuestra lucha se vió la necesidad de exaltar la vida productora, y a este objeto Franco promulgó el día 9 de marzo de 1938 el «Fuero del Trabajo», que, como es sabido, declara en primer término que «el trabajo es la participación del hombre en la producción, mediante el ejercicio voluntariamente prestado de sus facultades intelectuales y manuales, según la personal vocación, en orden al decoro y holgura de su vida y al mejor desarrollo de la economía nacional... El Estado valora y exalta el trabajo, fecunda expresión del espíritu creador del hombre, y, en tal sentido, lo protegerá con toda la fuerza de la ley, otorgándole las máximas consideraciones y haciéndolo compatible con el cumpli-

miento de los demás fines individuales, familiares y sociales. El trabajo, como deber social, será exigido inexcusablemente, en cualquiera de sus formas, a todos los españoles no impedidos, estimándolo tributo obligado al patrimonio nacional».

Por otra parte, al encuadrar los factores de la economía y toda la actividad productiva por ramas profesionales para constituir el Estado Sindicalista Nacional, se marcó fuertemente la intención de los forjadores de la nueva España, dirigida a fundar la grandeza del país sobre los bienes del trabajo. Con ello se ha demostrado comprender bien las exigencias de nuestra postguerra, el ansia de reconstrucción a ritmo rápido y los deseos de vencer errores del pasado en cuanto a consideración por la actividad económica, así como la necesidad de buscar estímulos capaces de vencer la laxitud que dejan las guerras y la conveniencia de glorificar el trabajo prestado como servicio, con abnegación y heroísmo, con ánimo de contribuir al bien general.

He ahí por qué la enseñanza del trabajo ha venido a tener para nuestro país, en estos momentos, una importancia capital, aguzada todavía más por el hecho de las pérdidas que ocasionó la guerra en hombres preparados, principalmente entre los pertenecientes a la mejor edad para producir. He ahí por qué en el mismo Fuero del Trabajo, destacando la importancia de la agricultura española, se dice: «El Estado cuidará especialmente la educación técnica del productor agrícola, capacitándole, etcétera.»

Dado que, según dice el Fuero, «el trabajo constituye uno de los más nobles atributos de jerarquía y de honor», es preciso que se cultiven las capacidades que Dios ha dado a cada uno, con objeto de que todos los españoles sean elevados a la categoría que por su aptitud les corresponda.

2. NECESIDADES NACIONALES DE EDUCACIÓN LABORAL.

Adormecida sobre los laureles de las glorias imperiales, España ha pasado unos siglos de olvido o insuficiente atención por las actividades creadoras. Aunque el Cristianismo había derribado la barrera que antes existía entre el señor y el esclavo ejecutor, en nuestro país hemos sufrido, como es sabido, una época decadente en la que la aristocracia de las armas no reconocía la nobleza del trabajo; en la que las clases directoras se distanciaron de los menesteres agrícolas, industriales y mercantiles, y aun los despreciaron, privándoles, con ello, de numerosas inteligencias que hubieran podido valorizarnos.

Hoy los dirigentes de España proclaman la dignidad del trabajo en todas sus categorías y, mediante la constitución de sindicatos verticales, tratan de asociar íntimamente la vida profesional de todos los productores en una hermandad, dentro de la necesaria jerarquización orgánica. Pero faltan hábitos laborales que aseguren pleno rendimiento a las actividades; se necesitan más amplios desarrollos para las capacidades naturales de nuestro pueblo.

Han de ser reforzadas viejas tradiciones industriales casi perdidas; hay que adaptar a nuestro tiempo antiguas prácticas comerciales; es preciso aplicar los recursos de la ciencia y de la técnica moderna a la organización de las empresas de todo orden. Para todo ello, es imprescindible formar convenientemente a las nuevas generaciones.

La España que se está tratando de crear, dadas las exigencias actuales del mundo, ha de ser un país organizado, donde los individuos actúen en empresas estructuradas según grandes planes; pero faltan hábitos de laboriosidad, de precisión y de orden; se necesitan masas humanas preparadas en técnicas exigentes. Y no basta pro-

porcionar una instrucción de tipo teórico; no es suficiente la adquisición de unos conocimientos tecnológicos. Se necesita una acción profunda, dirigida a ennoblecer las actitudes laborales, al mismo tiempo que a perfeccionar las prácticas profesionales.

En nuestro despertar nacional nadie podrá pretender que se copien servilmente procedimientos extranjeros; han de aplicarse principios científicos que, por ser universales, están aplicados en otros países; pero habrán de ser animados por una idealidad hispana que desarrolle el genio de nuestra raza y desenvuelva las aptitudes características de nuestro pueblo, contribuyendo al acervo mundial de perfecciones que acercan a Dios. Las riquezas específicas de nuestra alma han de ser explotadas en primer lugar, de la misma manera que lo han de ser preferentemente los más españoles de nuestros recursos agrícolas e industriales. Para afirmar de un modo más seguro nuestra posición en el mundo, conviene desarrollar preferentemente lo hispano, aportando a la economía y a la civilización mundiales los mejores frutos de la inteligencia y de las habilidades tradicionales de nuestro pueblo.

Los españoles han demostrado y siguen demostrando que se elevan con más facilidad que otros al mundo de lo ideal y lo afectivo. Es una buena cualidad para el surgir de iniciativas y para la parte impulsiva de las obras; pero necesita ir acompañada de aptitudes realizadoras y de sentido práctico de la vida, con objeto de no quedarse en un mundo excesivamente imaginativo, apartado de las realidades. Parece que está en nuestra conveniencia no persistir en la actitud que vemos repetidamente en la Historia, por la cual, siendo los españoles los descubridores y los inventores, dejamos que otros pueblos fueran los que se aprovecharan de nuestros descubrimientos e invenciones.

El cambio de posición puede hacerse, indudablemente,

por medio de una educación adecuada, y ésta ha de ser la que acostumbre a la actividad, a la realización de las ideas y las iniciativas propias; la que, dadas las necesidades de organización y de técnica en la vida moderna, habitúe a trabajar con método, con sumisión al plan, tanto si éste es obra personal como si nos viene impuesto por un orden superior al que tenemos que obedecer para combinar los diversos esfuerzos y obtener de ellos la máxima eficacia. Hace falta, pues, en nuestro país, un poderoso desarrollo de la pedagogía del trabajo.

3. IMPORTANCIA DE LA PEDAGOGÍA DEL TRABAJO EN NUESTROS DÍAS.

No podemos dejar de admitir que desde las primitivas formas de actividad productora ha de haber habido una enseñanza de trabajo. Los pequeños descubrimientos conseguidos día tras día en la práctica de las rudimentarias labores con las que el hombre atendía sus primarias necesidades de alimentación, vestido y defensa contra las intemperies y las fieras, fueron transmitidos de padres a hijos. En cuanto la división del trabajo permitió la especialización y surgió el profesional, éste hubo de tomar la misión de maestro. Desde que los gremios fijaron normas para la ejecución de las obras artesanas y reglas para la admisión en el ejercicio profesional, los talleres de la artesanía tuvieron, en cierto modo, carácter docente.

A pesar de ello, es probable que la pedagogía del trabajo propiamente dicha no nació hasta llegado el siglo XIX, al establecerse la escuela popular—la escuela primaria para todos—, cuando varios pedagogos, especialmente Pestalozzi, teniendo en cuenta que del trabajo predominantemente manual vivía la gran masa del pueblo, pensaron

que entre las enseñanzas debía figurar la de *Trabajos manuales*. Se consideraba que, así como las actividades liberales requerían ejercicios intelectuales, las predominantemente manuales pedían desarrollo manual. La necesidad práctica general de estos trabajos dentro del plan educativo se sintió especialmente, como es sabido, en los países fríos, donde se venían practicando pequeñas industrias caseras como ocupación complementaria de las poblaciones rurales en la temporada de invierno. En Suecia, el *slöjd*, establecido en forma escolar en 1870, al principio no trataba de desarrollar sistemáticamente habilidades manuales de tipo profesional, sino una habilidad general, una *educación de la mano*.

Pronto se hicieron observaciones interesantes que enriquecieron grandemente la Pedagogía. Se vió, por ejemplo, que los ejercicios necesitan significación biológica para el que los realiza, finalidades concretas de obra creadora y, a veces, marcadamente utilitaria, para estimular al alumno a movilizar sus recursos, al mismo tiempo que para ser también interesantes en el aspecto social y económico. Y lo más notable es que de ahí se pasó a comprobar que ese principio no sólo tenía validez en la actividad educativa de movimiento muscular, sino que se aplicaba igualmente a la de predominio intelectual. Así se entró en el conocimiento de la íntima relación de lo manual con lo intelectual, del acto físico con el acto mental, llegando al concepto de esa educación integral, activa, en la que el alumno deja la actitud pasivamente receptora para pasar a actuar, a resolver problemas que le plantea la persecución de fines biológicamente sentidos, propuestos o simplemente insinuados por el educador.

De ese modo la pedagogía del trabajo ha penetrado en la educación general. No sólo ha ido a dar normas para enseñar a trabajar, a preparar el aprendizaje metódico de las profesiones; ha entrado en la escuela de formación

general primaria y, ayudada de la psicología infantil experimental, ha creado unos métodos de enseñanza y de educación que se caracterizan por dar importancia fundamental a las realizaciones de los alumnos. a los «trabajos».

Dado que, en el trato con los más jóvenes, el educador ha de ser más cuidadoso, ha de utilizar más recursos psicológicos que con los mayores (toda vez que éstos son más capaces de someterse a la disciplina formadora gracias a un esfuerzo de voluntad determinado por consideraciones acerca de la finalidad remota de aquella disciplina), la pedagogía del trabajo aplicada en la educación elemental ha llegado a encontrar principios de carácter general de gran valor para el aprendizaje de las formas de trabajo propias de los adultos. Así, en varios países la solicitan para la formación profesional que va directamente encaminada al ejercicio de las actividades de la economía, a la mejora de los servicios de transporte y de los trabajos de construcción, a la preparación de personal que haga investigación técnica, que aplique la ciencia a la vida práctica. Parece muy deseable que en España, particularmente en estos momentos de reconstrucción, se desarrolle la pedagogía que ha de resolver problemas específicos de esos tipos de formación, sin descuidar los propios de la iniciación al cultivo de la ciencia pura y de las artes, dos campos para los que los españoles parecen tener buenas aptitudes naturales.

Por su parte, los dirigentes de empresa han empezado a reconocer que el aprendizaje no puede ser ya lo que fué, ni puede ser descuidado, como lo ha sido generalmente desde que la industria se ha puesto a fabricar en serie y los progresos de la técnica han inutilizado, en gran parte, el viejo sistema de transmisión de prácticas de padres a hijos. Si bien algunos trabajos siguen haciéndose como se han visto hacer en el curso de muchos

años, siguiendo máximas y consejos antiguos, en la mayoría de los casos, incluso en la agricultura y la pesca, se piden perfeccionamientos derivados de proseguidas investigaciones técnicas y de las investigaciones científicas que se van haciendo.

Aun estimando mucho la beneficiosa influencia de la tradición en los oficios y de toda la sabiduría profesional que nos llega como producto de reiterada experiencia, tal vez como aplicación de una ciencia primaria sobre la cual se ha basado, en gran parte, la de nuestros días; reconociendo el gran valor de lo aprendido trabajando al lado de los experimentados «maestros», de los profesionales que han venido enseñando con abnegada unción las normas rectoras de la práctica de su oficio, hemos de admitir que, generalmente, no basta adquirir las costumbres ancestrales del trabajo. En los jóvenes han de ser abiertas no sólo las ventanas de las últimas conquistas de la especialidad a que aspiren, sino las posibilidades para que su espíritu se lance a la busca de nuevos perfeccionamientos.

Para la educación activa en todas las edades viene, pues, muy bien la pedagogía del trabajo. Pero dista todavía bastante de estar completamente hecha y conviene que sea cada vez más segura, más científica; que tenga unas técnicas cada vez más exactas, ya que las necesidades de nuestra época crítica nos dicen que hace falta una organización precisa, en la que se coordinen las diversas actividades, en la que las conductas sigan normas indiscutibles, sólidamente fundadas, para no suscitar disputas y luchas demoledoras. Por otra parte, la vida de nuestros días, tan complicada y llena de exigencias, pide la mejor economía del esfuerzo, la máxima eficacia de todas las actividades. Entre éstas, la actividad pedagógica ha de ser especialmente firme y sistemática para que la labor de los educadores dé los rendimientos óptimos.

4. MOVIMIENTO GENERAL Y POSIBILIDADES DE DESARROLLO DE LA PEDAGOGÍA DEL TRABAJO EN ESPAÑA.

Los progresos de la pedagogía del trabajo en el mundo no se han paralizado. La prolongación de la obligatoriedad escolar hasta los quince años, que inició Inglaterra y que recientemente Suiza ha puesto en aplicación general, ha contribuido mucho al desenvolvimiento práctico de la educación activa en la edad más interesante para situar en la vida productora. Incluso en los países más afectados por la guerra, probablemente debido a que las destrucciones y las necesidades creadas por la gran conflagración ponen más a lo vivo el valor del trabajo, se están haciendo adaptaciones reveladoras de un continuo desarrollo pedagógico laboral.

En Alemania, la actual implantación de la *Hauptschule*, nuevo grado de enseñanza entre la primaria y la superior, destinado a los alumnos que poseyendo capacidades superiores a la media no quieren o no pueden, por razones económicas u otras, encaminarse, por medio del bachillerato, hacia las universidades o las altas escuelas técnicas, está muy influenciada por la moderna pedagogía del trabajo (1). Lo mismo puede decirse de la *Einfachschulung*, que se está estableciendo en el último año de la escuela primaria alemana para iniciar en las prácticas fundamentales de los oficios, familiarizando con una serie de materiales y herramientas y dando los elementos para empezar prácticamente la orientación profesional (2).

En España no se ha llegado a amplios desenvolvi-

(1) V. comentario de «Soziale Praxis», Berlín, diciembre de 1941, página 918.

(2) V. origen y desenvolvimiento en el libro de Otto Marrenbach *Grundlagen der Deutschen Sozialordnung*, D. A. F., Berlín, 1942. A esta adaptación hemos de referirnos luego al hablar del preaprendizaje.

mientos en el aspecto que nos ocupa, aunque tenemos magníficas iniciativas y algunas realizaciones notables, tanto en la esfera oficial como en la enseñanza particular. En general, estamos bien orientados teóricamente, por cuanto entre nosotros prevalecen principios tan sensatos como el de que en la formación fundamental primaria, hay que *trabajar para educarse* antes que *educarse para trabajar*, considerando que esto último es función de la escuela profesional. Al mismo tiempo, se han publicado en nuestro país varias obras originales que revelan una madurez científica suficiente para sentar las bases de una obra institucional sólida. Tenemos el fruto de intuiciones felices, como la de Manjón, que, por lo menos, hace que los alumnos dejen los locales cerrados y estén al aire libre lo más posible. Una vez fuera, ya ellos mismos han empujado para que se les dé espacio y medios para actuar, incluso para trabajar, estado de espíritu que aprovechan distinguidos educadores para proporcionar actividad lo más instructiva y formadora que pueden. Pero debemos aspirar a mucho más; hemos de procurar que se generalice todo lo que se ha demostrado bueno para aumentar los rendimientos escolares, para preparar una juventud equilibradamente activa, más reflexiva y más capaz de enfrentarse con los difíciles problemas de la época presente, tan maleada por las pasiones destructoras; tenemos que dar hábitos de creación y de producción sistemática, que canalicen las ansias de bienestar que se han apoderado de los pueblos y que den satisfacción a éstas dentro de la armonía, de la colaboración y del trabajo personal efectivo, sincero y moral.

En el terreno de la formación profesional contamos con unas cuantas buenas instituciones; pero especialmente en lo que se refiere a capacitación de productores para la agricultura, la construcción, la industria y el co-

mercio, son insuficientes. También esta importante rama de la pedagogía del trabajo ha dado en España interesantes libros, folletos y artículos. En ellos se suelen plantear los problemas con visión aguda; pero, por lo general, no se ha sistematizado bastante el resultado de las experiencias de formación profesional, y apenas se ha investigado. La reciente creación del Instituto de Pedagogía, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, abre fundadas esperanzas de desarrollo de todas las ramas de la pedagogía del trabajo en nuestro país, tanto en el aspecto teórico como en el práctico.

Con el propósito de dar ánimo y estímulos a nuestras juventudes, tan afectadas por la crisis de ideas y de conductas de nuestro tiempo, se las lleva, acertadamente, a considerar las grandes empresas y las floraciones del trabajo de nuestros antepasados. Pero, junto al ejemplo que ha de dar alientos raciales y patrióticos, conviene despertar el gusto de las técnicas fundadas en las conquistas científicas actuales frente a problemas tan vivos como los que plantean nuestras extensiones desnudas de vegetación, los pedazos de tierra que agonizan o que han muerto ya en el abandono.

Nuestra pedagogía del trabajo parece especialmente llamada a corregir la tendencia de la juventud española hacia la modesta comodidad de una serie de destinos oficiales sedentarios hipertrofiados, orientándola hacia las funciones creadoras de riqueza y de valores de todo orden; lejos de fomentar hábitos de pasividad laboral—poco útiles por su escaso fruto, a la vez que peligrosos por relegar a la vida improductiva libre las expansiones que el hombre necesita—habrá de estimular la acción productora. Nuestras artes e industrias necesitadas de impulso, nuestras ciencias incipientes, nuestros cursos de agua y nuestros yacimientos mineros, sólo en parte explotados, nuestras zonas ávidas de reforestación y de

cultivo eficaz, pueden ofrecer grandes alicientes para mantener en los alumnos de cierta edad la tensión necesaria para una educación verdaderamente activa.

5. DEL TRABAJO CON FINES EDUCATIVOS A LA EDUCACIÓN CON OBJETIVOS PROFESIONALES.

La introducción de los conocimientos psicobiológicos y de los métodos experimentales en la Pedagogía ha hecho que para la educación se adoptasen cada vez más intensamente formas laborales. Siendo el objeto de la educación el desarrollo armónico de las capacidades y aptitudes latentes del sujeto, los educadores han ido viendo la necesidad de valerse de actividades variadas, suficientemente vivas y estimulantes del funcionalismo, sobre todo en aquellos aspectos en los que los órganos del movimiento han de ser más cuidadosamente gobernados por la voluntad y la inteligencia para conseguir fines de creación y de proyección de la personalidad en obras.

Las funciones físicas e intelectuales, que en los primeros años de edad son estimuladas por el juego, van requiriendo, a medida que avanza la edad, ejercicio cada vez más parecido al trabajo. Aunque el educador se ponga centralmente al servicio de la finalidad biológica y procure, libre de las preocupaciones que dividen a los hombres sobre la tierra, el ensanchamiento de las capacidades del educando, el acrecentamiento vital de éste por equilibrio funcional, por autodomínio de las pasiones y regulación de la conducta según las leyes eternas del perfeccionamiento, necesita recurrir a modalidades de actividad parecidas a las del arte, de la agricultura y de la industria. Aun dado que los educandos habrán de desarrollar luego su vida en sociedad, en un medio en el que

se exige cambio de servicios y de productos de la creación de cada uno, los educadores se verán obligados a proporcionar formas que recordarán los actos de comercio y de servicio.

Paulatinamente, a medida que el individuo llegue a la madurez, la actividad educativa deberá ir teniendo finalidades y aun características profesionales, tenderá a la especialización. La finalidad biológica que el educador quiere conseguir tratando de desarrollar al máximo en el alumno sus capacidades naturales no está separada del objetivo de toda preparación que haya de permitir realizar los cometidos sociales que corresponden a cada hombre, según las dotes que Dios le haya dado. En el primer caso, tendremos formación general, fundamental; en el segundo, tendremos formación especial, profesional. Pero, de todos modos, habrá que satisfacer necesidades de expansión y de desenvolvimiento. Cuando éstas no sean sentidas bastante intensamente por el sujeto (alumno o aprendiz) habrán de ser estimuladas mediante el despertar de ideales, mediante la propuesta de objetivos concretos interesantes.

Si se hace una educación activa, si los ejercicios educativos son verdaderas obras del sujeto; si, en vez de tener al educando en una actitud puramente receptiva, éste realiza proyectos propios o bien propósitos hechos suyos, toda actividad especializada que se lleve a cabo en estas condiciones reunirá ventajas pedagógicas que la harán muy apropiada para una formación profesional eficaz.

6. FORMAS E INSTITUCIONES DE FORMACIÓN PROFESIONAL.

Se viene discutiendo bastante acerca de las modalidades y los lugares que ha de tener la preparación para el ejercicio profesional. Hay quien cree que la fórmula mejor

es la del antiguo taller artesano, en el que el aprendiz recibía directamente el ejemplo y los consejos magistrales y aprendía todo el oficio. Pero aun en las profesiones relativamente sencillas, dado el ritmo y la forma seriada con que se trabaja ahora en la mayoría de las industrias, raramente los actuales profesionales pueden actuar como maestros, y los aprendices que se engranan en las modernas empresas sin haber adquirido previamente una formación profesional un poco amplia, difícilmente pueden elevarse por encima de las categorías de bracero adaptado y de peón especializado.

En verdad, el aprendiz algo dotado intelectualmente merece una base formativa que le permita moverse con cierta holgura y ascender al rango de creador de obra personal o, por lo menos, al de operario fácilmente adaptable a las variaciones que constantemente experimentan las industrias en su función de satisfacer las necesidades sociales bajo forma de exigencias del consumo. Sin embargo, el aprendiz ávido de una formación algo sólida en la profesión hacia la cual se oriente suele estorbar en los talleres organizados para producir. Tanto por razones materiales como por motivos de disponibilidad del personal, existe una cierta incompatibilidad entre el enseñar y el fabricar económicamente. Los jefes de taller se resisten a admitir principiantes que aprendan a fuerza de estropear material, y los empresarios suelen preferir separar de las funciones productoras las de preparación del personal que necesitan. Así han surgido las instituciones de aprendizaje de las mismas empresas.

En Alemania, según *Soziale Praxis* (Berlín, julio de 1942), hay 2.107 talleres de aprendizaje costeados por empresas particulares y 37 talleres colectivos dispuestos para los aprendices de otros tantos grupos de empresas, que se han combinado para tal fin. En los primeros hay un total de 123.663 plazas, y en los segun-

dos, 1.341 plazas, sin contar las de la edificación, con lo cual se abarca aproximadamente la cuarta parte de las plazas de aprendices de la industria alemana, con personal docente que se distribuye como sigue: 1.651 ingenieros, 3.439 maestros y 6.475 oficiales, sólo para las 123.663 plazas.

Otto Marrenbach cuenta que en una ciudad alemana que tiene un fuerte sabor artesano se está realizando un interesante ensayo de aprendizaje sistemático de artesanía: se han dispuesto unos *talleres de aprendizaje en comunidad* para los oficios del hierro y la madera. Las empresas artesanales adheridas ceden sus aprendices un trimestre todos los años durante el aprendizaje para concurrir a esos talleres. En el primer cuarto de año de enseñanza se aprenden las técnicas fundamentales del trabajo manual de una manera metódica y segura; en el segundo año, durante el trimestre correspondiente, se enseñan procedimientos y técnicas más difíciles, y en el tercer cuarto de año se hace ya la preparación propiamente dicha para pasar la prueba de compañero. Los éxitos, según Marrenbach, animan a generalizar el ensayo en otras ramas y a implantar este modo de enseñanza en otras localidades (1).

En España casi todas las grandes empresas tienen ya sus escuelas de aprendizaje, y desde los ministerios de Industria y Comercio y de Trabajo se han empezado a dar estímulos para que todos los establecimientos industriales y las empresas de todo orden formen su personal en las mejores condiciones posibles. También los Sindicatos han iniciado una labor de formación profesional, que es de esperar se oriente cada vez más hacia las preparaciones de adaptación a las necesidades específicas de los diversos gremios, realizando colectivamente

(1) Otto Barrenbach, obra citada.

lo que no puede hacer por separado la empresa particular, especialmente la pequeña. Sin embargo, aparece cada vez más firme la necesidad de desarrollar el preaprendizaje, la formación preprofesional, que dé la sólida base científica y técnica sobre la cual puedan edificar las organizaciones de enseñanza especializada, propias de las instituciones sindicales o gremiales y de las empresas.

El preaprendizaje en España empezó a organizarse con visión amplia en 1928, dentro del marco del Estado, por los Patronatos de Formación Profesional, hoy dependientes del Ministerio de Educación Nacional. Las Escuelas de Orientación Profesional y Preaprendizaje, que son su mejor exponente, han demostrado que las tareas de formación preprofesional pueden ser muy bien llevadas a cabo en establecimientos oficiales, e incluso hacen ver la conveniencia de que tales tareas sean animadas por un espíritu pedagógico-social y unas preocupaciones científicas que difícilmente se encontrarían en un ambiente dominado por las preocupaciones económicas. Además, el preaprendizaje necesita estar enlazado con la enseñanza primaria. En Alemania se está organizando en las mismas escuelas primarias: de los trece a los catorce años de edad (último curso de la escuela que allí se llama *popular*), el muchacho tiene que familiarizarse con los materiales de trabajo fundamentales: hierro, madera, textiles y cartón. Con un instrumental sencillo y bajo la dirección de un maestro especializado, debe ir ejecutando durante varios días a la semana determinados procesos de trabajo. Se observa la manera de comportarse en estos trabajos, los cuales son juzgados según normas fijas, y se clasifica a los alumnos dentro de los grandes grupos profesionales, según la aptitudes demostradas. Durante la guerra se está tratando de introducir este preaprendizaje de orientación profesional en todas las escuelas primarias alemanas. Así, al mismo tiempo que se

orienta profesionalmente a los alumnos, éstos aprenden. Es lo que se hace en nuestras Escuelas de Orientación Profesional y Preaprendizaje, con la diferencia de que en éstas la iniciación al trabajo profesional es, naturalmente, más intensa que en las primarias alemanas. Nuestras Escuelas de Orientación Profesional y Preaprendizaje tienen algún parecido con los Talleres-Escuelas creados por la Cámara de Comercio de París, con aportaciones del Estado, el Municipio y las Cámaras sindicales. Las dificultades económicas y técnicas para su extensión hicieron que también en Francia se establecieron en las escuelas primarias «Clases de Orientación Profesional».

También el preaprendizaje ha de estar convenientemente articulado con el sistema general de enseñanzas científicas y técnicas que el Estado sostiene y estructura.

Por todas estas razones parece lo más indicado que sea el Estado el organizador del preaprendizaje. En cambio los organismos sindicales o gremiales y las empresas aparecen especialmente llamados a encargarse del aprendizaje de adaptación detallista a los trabajos prácticos y del acomodo a las formas profesionales ya imbuídas de preocupaciones económicas.

Si, a la vista de la experiencia y los estudios realizados, logramos perfilar el plan que se trazó en el Estatuto de Formación Profesional de 1928, y con ánimo de franca colaboración nacional se delimitan bien las funciones de cada sector institucional de España, procurando que cada uno se coloque en su sitio, se tendrá una buena base para dar a los españoles medios con que hacer frente a los difíciles problemas de reorganización del mundo que ya se plantean, aun antes de haber terminado la guerra, y que han de dar especial ventaja a quienes estén debidamente preparados para su trabajo.

J. MALLART